

Las flores de la noche



Clarisa Gesto
Julia Lomoro
Rosa Marín
Ruth Díez Barrio
Ariel Ángeles

Colección concurso
#cuadernodeveranoazul
primera edición, octubre 2015

Colección #cuadernodeveranoazul

Primera edición del concurso con ESPUELAS organizado en [Instagram](#).

© El derecho de estos escritos pertenece a sus respectivos autores. No se permite la copia de los mismos sin consultarles previamente.

© Fotografía de la portada: Canva

Edición: Kristina G. Langarika

www.kristinalangarika.com

Octubre 2015.

Índice

1. Las flores de la noche	Pág. 3
2. No sé qué hago aquí	Pág. 8
3. Arnaud	Pág. 13
4. La vecina	Pág. 17
5. El brujo	Pág. 20

LAS FLORES DE LA NOCHE

Clarisa Gesto

—No te creo —dijo con rotundidad a la vez que dejaba su taza de barro sobre la barra.

—¡Te juro que es verdad, los vi con mis propios ojos!

—¿Otra de tus historias? —preguntó el tabernero—. Cuéntanosla a todos. Cada vez que compartes uno de tus cuentos, los clientes beben más.

—No es un cuento. Es verdad —replicó enfadado, ignorando las risas que sonaron de fondo.

Los allí presentes empezaron a repantigarse en sus sillas y a terminar poco a poco sus conversaciones dejando un silencio solo roto por el crujir de las vigas de madera.

—Todo empezó hace siete días, con sus siete noches. Estaba paseando por el Camino Viejo cuando vi a Linda en el río. Estaba sentada en una piedra, salpicando agua con los pies. Estaba hermosa. No. Es hermosa —corrigió con énfasis—. La luz del sol dibujaba reflejos rojizos en su cabello y su risa, su risa...

—¡Ejem, ejem! —tosieron de manera forzada haciéndolo volver de su trance.

—Sí, perdón. Bueno, ya conocéis a Linda y sabéis que daría lo que fuese por ella así que le pregunté: “¿Qué tengo que hacer para que me regales un beso? Haría cualquier cosa. Te traería hasta la luna”. Ella se rió y me dijo: “¿Ves aquella montaña? Dicen que en lo alto crecen las flores de la noche. Si consigues llegar a su cima y traerme una te dejaré acompañarme a la Fiesta de la Cosecha”. Así que, sin pensar en otra cosa, comencé a andar, sin imaginar ni por un momento lo que me encontraría al llegar allí.

»A media tarde del cuarto día llegué a la cima, la vista del valle desde allí era realmente impresionante, al otro lado solo se veía un mar de nubes. Tenía que esperar al ocaso para que las flores de la noche apareciesen así que mientras, decidí reconocer el terreno y al poco fue cuando los vi. Eran tres y eran enormes, más de lo que vuestras mentes puedan imaginar, el más pequeño tendría seis veces mi tamaño. Sus piernas tenían un color blanco como la savia pero un millón de pelos rizados las cubrían como el musgo cubre los troncos. Estaban dormidos a la sombra de los árboles y el más grande de los tres

roncaba tan fuerte que de no ser por el cielo azul, creería que se avecinaba una tormenta. Sé que debería haberme ido pero esos seres eran tan aterradores como fascinantes.

En ese momento ya se había formado un círculo de curiosos a su alrededor con los ojos y las bocas abiertas como platos. Todos callaban y casi no podían tragar saliva pues la historia los tenía en vilo.

—Y ¿qué pasó después con esos gigantes? —se atrevió al fin a preguntar alguien.

—Pues de pronto uno de ellos se despertó, me vio y me lanzó sin piedad lo primero que encontró a mano, no lo vi bien, era rojo y sentí como si el sol me cayese encima, por suerte pude esquivarlo a tiempo y huí corriendo de allí tan rápido como me permitieron mis piernas.

»Sus voces eran tan atronadoras que las escuchaba en todas las direcciones, no podía distinguir lo que decían ni de dónde venían exactamente, di tantas vueltas sobre mí mismo que tropecé y caí por una ladera hasta dar contra una fuente de piedra. Era majestuosa y de lo más alto salía tanta agua como lleva el cauce de cualquiera de nuestros ríos. Esta vez no los escuché, pero supe que se acercaban porque el suelo comenzó a temblar. "Una mente rápida es mejor que unos pies rápidos" decía mi padre. Así que busqué a mi alrededor y vi una vieja mochila abandonada al pie de la gran fuente. Era de proporciones desmesuradas por lo que supuse que alguno de ellos la habría dejado allí. Estaba cubierta de barro y los helechos habían comenzado a crecer a su alrededor. No había tiempo para valorar más opciones así que me metí dentro y contuve el aliento.

»Podía verlos a través de un descosido y os juro que fue el momento de mi vida en que más miedo pasé. Estando de pie eran todavía más repugnantes, sus barrigas desbordaban hacia delante, se veían torpes y sucios. Finalmente se dijeron entre sonidos guturales que era mejor regresar y los vi alejarse.

—Yo tampoco te creo —gritaron de repente—, los humanos solo existen en las leyendas que las ancianas le cuentan a sus nietos. Lo que sí es real son las flores de la noche que crecen en lo alto de la montaña. Su olor hace que hasta el duende más cuerdo vea cosas que no existen, imagínate qué pueden hacer contigo, que siempre tienes la cabeza en las nubes...

Las frases de incredulidad se fueron sucediendo y el murmullo tímido dejó paso de nuevo a animadas conversaciones. En pocos minutos ya todos habían olvidado la historia que acababan de escuchar, demasiado fantástica para su gusto.

—¡Ponme otro néctar de uva! —solicitó alguien en un extremo de la barra.

—No más bebida por hoy —dijo el tabernero—, este viejo roble se cierra, así que cada uno a su madriguera.

La luciérnaga que iluminaba el hueco en el tronco apagó su luz y los duendes fueron saliendo a regañadientes uno a uno tras la corteza del árbol, dispersándose entre la hierba camino a sus hogares, todos salvo uno. Un pequeño aventurero, puede que demasiado soñador. Buscó un claro entre las ramas y se quedó observando las estrellas. No le importaba lo que el resto pudiese pensar, él sabía que lo que había visto era real y no tardaría en demostrarlo.

Clarisa Gesto



Nací en Vigo hace veintiséis primaveras. Diplomada por la Universidad de Salamanca comencé a trabajar en una productora videográfica. Me encanta leer novelas de cualquier género, aunque la fantasía siempre tiene un sitio especial en mi estantería. He escrito diferentes relatos desde que gané un concurso literario en el instituto y actualmente estoy trabajando en mi primera novela. La escritura siempre ha sido una constante en mi vida, quizás porque vengo de una familia de artistas aunque yo haya preferido los bolígrafos a los pinceles, quizás porque las tierras gallegas me inspiran cierta magia.

NO SÉ QUÉ HAGO AQUÍ

Julia Lomoro

Todas las mañanas y todas las noches me pregunto lo mismo.

No sé qué hago aquí.

Rodeada siempre de esta gente.

Gente rara, enferma, insolente y mal educada.

¡Si yo no soy como ellos!

No, ¡por favor!

Yo tengo buen gusto al vestir y al caminar.

Me expreso correctamente y no voy por ahí soltando gases, con la nariz mucosa, repitiendo las mismas historias sin parar o comportándome como un infante.

Yo soy una dama, una señora. No soy como ellos.

¡Yo no soy así!

Y sin embargo aquí estoy.

Día tras día y noche tras noche.

Compartiendo desde hace ya casi 20 años trabajo, vivienda y tiempo libre con ellos.

Y todavía no lo entiendo. No entiendo qué fue lo que pasó.

Yo estuve casada, ¿sabe? y tuve hijas, ¿sabe?

No entiendo qué clase de trampa es esta, qué engaño tan desafortunado pudo haberme traído hasta aquí.

Y cómo es que los años se han ido sin poder hacer nada para evitarlo.

¿Qué raro documento me habrán hecho firmar para poder encerrarme en esta cárcel sin barrotes llena de bichos raros?

Todavía me acuerdo como si fuera ayer del día de mi boda.

Yo, por supuesto, iba de blanco, radiante y hermosa, como salida de un cuento.

Nadie sabía que en mi vientre nadaba escondida mi primera hija.

Como un pez diminuto y frágil.

No, nadie se dio cuenta de ello.

Ni siquiera mi Robert, y eso que a él era difícil engañarlo.

Robert era mucho mayor que yo y era un hombre muy sabio.
Él se encargaba de tantas cosas en la casa... No entiendo cómo lo hacía.
Desde el primer día que lo vi supe que él iba a ser para mí.
Yo tenía 17 años y él 32.
Aun así lo seduje con mi risa escandalosa, mi fumar de estrella de cine y mis andares sensuales.
Él hablaba mucho.
Me contaba cosas de política, cultura y de economía.
Yo lo miraba sin entender palabra y asentía hipnotizada por sus frases difíciles y su elocuencia.
Apenas cumplí 18 años me lo llevé a la cama y 6 meses más tarde nos estábamos casando.
Ese día fue el más feliz de mi vida.
Y el nacimiento de nuestra primera hija.
Sus primeras palabras, sus primeros pasos.
Luego llegó la segunda.
Tenía la misma cabellera rizada de su padre.
Luego no recuerdo mucho más.
Robert trabajaba mucho y al llegar a casa se encargaba de las niñas, de las finanzas y de las tareas del hogar.
Siempre se le veía cansado, como si cargara la decepción del mundo sobre sus hombros.
Yo lo miraba mientras fumaba desde el sofá.
Él se enfadaba conmigo.
Decía que no me entendía, que cómo podía ser tan lenta, que me faltaba un hervor.
Que no conseguía entender en qué se me había ido todo el día.
Yo lo miraba y sólo pensaba en lo guapo que era y en lo mucho que lo amaba.
Recuerdo también su ceño fruncido, su mirada acusatoria y un torrente de palabras que yo no comprendía.
Los años pasaron.
Las niñas empezaron el colegio.
Yo las llevaba y las recogía.
Algunos días las olvidaba y cuando me daba cuenta de la hora que era ya estaba Robert con ellas en la casa.
Entonces yo ponía música y preparaba la cena.
Ellas también se enfadaban y también me decían cosas.

Decían que yo no entendía nada, que a veces parecía tonta o ausente.
Como si estuviera adormecida o drogada.
Yo las miraba, les sonreía y seguía con la cena.
Entonces pasó eso terrible.
Eso de lo que no me gusta hablar, pero que se me aparece en sueños.
Esa mañana cuando abrí los ojos, Robert seguía a mi lado.
Me extrañó, porque él se levantaba muy temprano para ir a trabajar.
La noche anterior se había acostado muy tarde porque a mí se me había quemado otra vez la cena.
Había dejado la cocina hecha un desastre.
Cuando llegó a la cama, yo ya estaba dormida.
Al despertarme lo mire acostado a mi lado. Seguía siendo un hombre hermoso a pesar de la telaraña de arruguitas que le habían brotado alrededor de los ojos y de los mechones grisáceos que decoraban sus sienes.
El seguía siendo mi Robert y mi mundo seguía girando alrededor de él.
Fue entonces cuando me acerqué para despertarlo.
Lo llamé por su nombre y le soplé un alegre buenos días al oído.
Pero el no respondió.
Ni siquiera se movió.
Entonces lo toqué.
Lo toqué y estaba tan frío, tan frío que la mano me dolió.
Como cuando uno toca hielo.
Después de eso ya no recuerdo nada más.
Los días se me pasaban fumando en el sofá, mirando fijamente el extintor de fuego rojo que colgaba en la pared.
Ése que él había comprado por si a mí se me olvidaba la leche al fuego otra vez.
Mi hija mayor se encargaba de todo en la casa.
Y yo fumaba y sentía que un vacío enorme se abría bajo mis pies.
No sé cuánto tiempo pasamos así.
No estoy segura.
Un día miré a mis niñas y ellas ya estaban grandes.
Miré alrededor y no reconocí la casa sucia, la nevera vacía y el sofá gastado.
No vi las goteras, las cortinas rotas, ni las botellas por el suelo. Sólo vi el extintor.

Al día siguiente, una señora muy amable me ayudó a firmar unos papeles, empaquetó mis cosas y me dijo que de ahora en adelante viviría en otro lugar.

Una casa asistida, creo que la llamó.

Para personas especiales, creo que dijo.

Para gente como yo.

Pero de eso ya hace muchos años y aquí no hay nadie como yo.

Todos son unos bichos raros.

Discapacitados creo que los llaman o minusválidos, no sé.

Pero yo no soy como ellos.

No, ¡por favor!

¡Yo no soy así!

Todavía no lo entiendo.

No entiendo qué fue lo que pasó.

Yo estuve casada, ¿sabe?

Y tuve hijas, ¿sabe?.

No entiendo qué clase de trampa es ésta.

Qué engaño tan desafortunado pudo haberme traído hasta aquí.

Julia Lomoro



Me llamo Julia Lomoro. Nací en Buenos Aires, un soleado día del mes de julio. Crecí en Las Palmas de Gran Canaria, estudié diseño gráfico y publicidad en Barcelona y desde 2003 vivo en Ámsterdam. Soy una mujer con muchas pasiones. Me inspira mi trabajo de coach creativo para artistas con minusvalía y problemas de desarrollo. Me fascina mi proyecto como profesora de yoga para niños con necesidades especiales. Me enamora ser madre y re-descubrir el mundo a través de los ojos de mis hijos. Me emociona conocer gentes y lugares, observar, escuchar sus relatos. Y sobre todo me apasiona escribir, contar, compartir y poder plasmar todas esas vidas y todas mis vidas en historias para ser leídas.

ARNAUD

Rosa Marín

Una vez más me escapaba de París a Ámsterdam por un fin de semana. Lo solía hacer con frecuencia desde que me había trasladado por trabajo desde España hacía ya tres años.

Ámsterdam siempre me resultaba un estupendo destino para escaparme de la llamada ciudad de “l’amour”, pero también del estrés, el tráfico y el ruido.

Pero esta vez se me presentaba un fin de semana muy diferente a lo esperado. La paz y la tranquilidad que siempre me brindaban estas escapadas a Holanda, se me iban a convertir en uno de los más decepcionantes y turbulentos días de mi vida.

Cogí el tren de las tres de la tarde del viernes con la intención de llegar a la hora de cenar. Lo tenía todo muy bien organizado, a pesar de ir sola como de costumbre. Esta vez no me quedaría sin probar el último restaurante de moda; el Kimono, basado en la gastronomía japonesa que se había convertido en mi comida favorita en estos últimos años.

El sábado lo ocuparía visitando el nuevo Rijksmuseum. Se preveían lluvias, así que el plan de pasar unas cuantas horas dentro de esta maravilla cultural no podría ser mejor.

Y el domingo, último día, lo dedicaría a pasear y a perderme entre las callejuelas y canales de la ciudad. Descubrir un rincón nuevo se había convertido ya en mi rutina cada vez que iba.

Quedaban sólo dos minutos para que el tren arrancara cuando alguien irrumpió al otro lado del vagón. Parecía estresado pues casi perdía el tren.

Después de dejar su equipaje en el compartimento superior, se dio la vuelta para sentarse en su sitio. Y yo, me quedé pálida. Era él. Arnaud. Mi amor y mi amante en los últimos dos años. Pero, ¿Qué hacía también en el tren?

Durante los primeros segundos tuve el impulso natural de llamarle. Sin embargo, mi intuición me dejó paralizada y en silencio. No era normal encontrármelo allí.

Había conocido a Arnaud en mi primer trabajo en París, pero a los tres meses me cambié de Compañía y le perdí de vista. Desde el primer momento que nos presentaron hubo ese “algo” entre nosotros. Pero no le di más importancia. Nunca quise líos en el trabajo.

Nos volvimos a encontrar un día de casualidad a la salida del metro Saint-Michel. Nos saludamos efusivamente. No es que fuese guapo exactamente, pero sí me parecía muy atractivo. Su sonrisa y forma de interactuar hacían el resto para sentirme totalmente engatusada.

Ya no éramos compañeros de trabajo, así que esa noche todo fue rodado. Una copa, otra, y otra. Un par de bares más. Y cuatro horas más tarde acabábamos en su apartamento arrancándonos la ropa y besándonos con locura, como si fuésemos a morir al día siguiente. Y así llevábamos ya los dos últimos años.

Nuestra pasión no tenía fin. Pero muy a mi pesar, la relación se había quedado sólo en eso. Yo quería compartir tardes de domingo en mi sofá mullido. Veladas de conversaciones sin fin y sin prisas. Paseos de invierno en el frío parisino.

Sin embargo, su trabajo como agente de exportaciones en una de las Compañías de Transporte más importantes de Europa, no le dejaba mucho tiempo libre para compartir juntos. Ni para planificar una vida común, una familia... Al menos, eso era lo que él me decía. Y lo que yo creía. Ese continuaba siendo nuestro tema tabú.

El viaje en tren se me hizo eterno. Ni siquiera fui capaz de ir al baño, tenía miedo de que me descubriese. Yo iba decidida a seguirle. Quería saber por qué había cogido ese tren cuando se suponía que estaba trabajando esa semana desde St. Petersburgo.

Llegamos a nuestro destino. Los dos nos apeamos en Ámsterdam. Por suerte el tren iba hasta los topes, lo cual me facilitaba pasar discretamente. Nunca imaginé que podía llegar a tener esas dotes de detective privado, aunque mis piernas no dejaban de temblar.

Arnaud caminaba con paso decidido, denotaba seguridad en sus movimientos. No miraba carteles ni indicaciones. Estaba claro que no era la primera vez que venía a Holanda. Nunca me había dicho nada, aún sabiendo que yo solía venir a menudo.

Desde la estación de Ámsterdam cogió un tren regional. No pude ni pararme a sacar un billete, porque igualmente, no sabía hacia dónde. Suerte que llevaba solo equipaje

de mano. Le saqué las asas traseras y me lo coloqué como mochila para moverme mejor. Subí al tren de un salto en el último momento, tenía que tenerle controlado sin que me viese.

A pesar del frío que hacía, yo sudaba como nunca. Entre el peso del equipaje a mis espaldas y el hecho de subir al tren sin billete en un país extranjero, esto estaba resultando una locura. – ¿Y si me dejaba de juegucitos y paranoias, y me acercaba a saludarle? – me estuve preguntando durante todo el trayecto.

Se bajó en Hilversum. Aquí había mucha menos gente. Yo ya había tomado la precaución de taparme bien con la bufanda y una chaqueta negra con capucha.

Cruzó varias calles hasta llegar a una fila de casas típicas holandesas. Recorrió el pequeño jardincito de una de ellas, y mientras parecía buscar las llaves en su bolsillo, miró hacia atrás. Volteó de nuevo su cabeza bruscamente hacia mí, y sus gafas cayeron con fuerza al mirarme, quedándose enganchadas en uno de sus bolsillos.

La puerta de la casa se abrió, y una mujer alta se abalanzó a abrazarle y a hacerle entrar rápidamente ajena a todo lo que estaba pasando. Mientras, dos niñas pequeñas y muy rubias pegaban sus caritas al cristal de la ventana para mirar la escena.

Yo, al otro lado de la calle entre la oscuridad. Exhausta. Helada por el frío y por aquellos segundos en los que nuestras miradas se habían entrecruzado, expresando tanta incredibilidad por mi parte y tanto odio por la suya.

Pero algo tenía claro, esto no iba a quedar así.

Rosa Marín



Hola soy Rosa y acabo de cumplir siete años en Holanda. Vivir y trabajar en otro país me activó hace tiempo el “click” de la imaginación. Tenía muchas ganas de explicar historias de personajes inventados, pero en escenarios verdaderos. Y así, a paso lento pero sin descanso, me voy adentrando en la escritura creativa. Dicen los que me conocen que soy entusiasta y espontánea, y con ganas de hacer mil cosas, quizá demasiadas. Yo, mientras, lucho con mis imperfecciones. Pero si queréis descubrir un poco más de mí, me podéis seguir en mi blog más personal www.lekkerholanda.com

LA VECINA

Ruth Díez Barrio

Al salir del ascensor, veo un un papelito amarillo colgado en la puerta de casa. Me acerco, y ¿qué me encuentro?: ¡Otra vez la vecina! Recojo la nota en la que hay dibujado un ridículo corazón con nuestra iniciales (R&J). Con manos temblorosas abro la puerta de casa, rogando que Héléne no haya salido en toda la mañana. Por suerte, lleva una vida tan atareada que me la encuentro mirándose las uñas en el sofá. Con la excusa de prepararme algo de comer después de todo el día poniendo multas de tráfico, me voy a la cocina para rumiarme mi ira. A Héléne se le ocurre ponerse a cocinar. Para mi desgracia, encuentro otro *post-it* amarillo en el cajón del pan.

—A este paso nos pillan fijo —murmuro cual infiltrado en una organización mafiosa dirigiéndome al cuello de mi camisa.

—¿Estás bien mi amor? —Héléne sonríe con su jugosa y amable boca—. ¿Decías algo?

—A ver si llamo a Millán, que gotea el grifo. Voy a ducharme.

Disimuladamente mientras Héléne lava puerros en el fregadero, recojo la pequeña nota que mi vecina deslizó dentro de la panera, presumiblemente, anoche cuando estuvo tomando té con mi mujer. Esta vez la nota es más literaria "Estás como un bollo, R." junto con un preservativo extra grande. Mira que se lo tengo dicho. Nada de comunicaciones que dejen huella. Y ella nada, no puede resistirse al riesgo, al subidón de adrenalina que supone dejar evidencias de un affaire triste y con consecuencias desastrosas para los dos si sale a la luz. Gracias a que Héléne no es muy avispada y no prueba los carbohidratos complejos, vamos salvándolo. Ahora, si se entera: ¡esto se ha acabado!

Aprovecho la concentración de Héléne con las verduras y salgo al rellano. Toco el timbre y oigo el taconeo de Rafika amortiguado por la alfombra persa que su marido le trajo de Irán, donde pasa la mayor parte del año.

—Rafika, ¡la última vez! —grito, mientras le planto la nota delante de la cara— ¿tú te crees que puedes ir dejándome condones por casa? ¡Que nos van a pillar! El día menos

pensado vuelve tu marido, la mía deja de hacer vichyssoise ¡y nos pillan! A ti te lapidan y a mí me cortan los huevos, amén de un incidente internacional de consecuencias incalculables ¿entiendes?

Con toda la ira agolpándose en mi garganta, no me doy cuenta de que voy alzando la voz y de que la cara de Rafika cambia de una amable sonrisa a una rojez extrema y, de súbito, a una palidez encalada. La hoja de su puerta empieza a abrirse mientras yo sigo hablando:

—Porque está bien que nos acostemos cuando Fikri está en Irán y Hélène exfoliándose la cara en un spa, pero...

Las palabras se me atragantan y están a punto de ahogarme al ver que la puerta se abre y aparece primero la cabellera morena, luego las pobladas cejas y finalmente el resto de la cara iracunda de Fikri detrás de Rafika. Y para rematar la jugada, en el espejo de su hall veo el reflejo de mi mujer mirándonos desde nuestra entrada con los pueros en una mano y el cuchillo en la otra.

Nunca aprenderé.

Ruth Díez Barrio



Ruth Díez Barrio (Ermua, Bizkaia 1987) Diplomada en Trabajo Social, profesión que ejerzo. Actualmente realizo estudios de Educación Infantil. Me interesan las personas e intento, a través de la escritura, entenderme y entender las pequeñas parcelas de este mundo que habitamos. Disfruto leyendo y normalmente tengo varios libros empezados. El proyecto que me apasiona en estos momentos es la edición de mis historias. Escribo desde niña y durante mi adolescencia gané varios premios, entre ellos el Juanita Ibaibarriaga Literatur Saria.

EL BRUJO

Ariel Ángeles

No salgo de casa.

No quiero, me gusta acá.

Nunca voy a salir.

Nunca.

Sólo estoy yo y mi pintura.

Mis cuadros, como sus colores, se apilan de forma caprichosa.

Mi abuelo me decía: “buey solo, bien se lame”.

De él heredé las botas negras.

Viejo jodido el abuelo.

Jorobado.

Oscuro.

Con ese medallón grandote de dibujos raros y esa toga negra que vestía.

A veces se me hace que lo veo detrás de mí.

Como antes.

Me siento a comer.

“¡Qué viejo loco!”

Por lo menos las botas son buenas.

Calentitas.

Nunca me las saco.

¡Hasta duermo con ellas!

Como mientras miro un cuadro.

Una pintura que tiene la imagen de su medallón.

“¿Cuándo pinte eso?”

Me quiero levantar a ver.

No puedo.

Mis pies no se mueven.

Están trabados.

Tironeo.

El medallón está cambiando.
Me paro tirando la silla.
Mis piernas están atrapadas.
La botas.
No son más....
Una especie de brea trepa por mis piernas
“¡Dios!”
Me cubre.
Me absorbe.
El medallón está en la mesa.
El fluido negro llega a mi boca.
¡No puedo gritar!

El anciano apoya su mano sobre la mesa y toma el medallón. Se acomoda su toga, abre la puerta y respirando con sus nuevos pulmones, sale de la casa caminando.

Con sus botas negras.

Ariel Ángeles



Soy Raúl Ariel Angeles. Navegador de palabras. Nací en Buenos Aires, Argentina; Y aquí estoy armando la vida. Hace no mucho, comencé a escribir. Por probar, por ganas, por vaya a saber que voces que he seguido. Una, seguro, la de kristina. Hoy un cuento mío cruzó el Atlántico. Solo espero verlo volver, engordado en sueños.